

Te invitamos a leer
las primeras páginas de este libro,
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,
acá podés conseguir tu ejemplar.

COMPRAR LIBRO

COLONIZANDO EL MUNDO

M. John Harrison

COLONIZANDO EL MUNDO

Historias escogidas (1970-2020)



Traducción de Tomás Downey

INTERZONA

INTERZONA

línea C

Harrison, M. John

Colonizando el mundo : historias escogidas 1970-2020 / M. John Harrison. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2024.

304 p. ; 21 x 13 cm.

Traducción de: Tomás Downey.

ISBN 978-987-790-110-8

1. Literatura Inglesa. 2. Cuentos de Ciencia Ficción. I. Downey, Tomás, trad.
II. Título.

CDD 823

Copyright © the M. John Harrison 2020

First published in Great Britain in English by Comma Press, 2020

© interZona editora, 2024

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Título original: *Settling the World*

Coordinación editorial: Fátima Nieves García

Traducción: Tomás Downey

Corrección: Mónica Campos

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Armado interior: Natalia Brega

Armado de tapa: Fernando Ozón

Imagen de tapa: Torre de comunicación en Avala, Serbia. Shutterstock.

ISBN 978-987-790-110-8

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

COLONIZANDO EL MUNDO

Tras el descubrimiento de Dios en la cara oculta de la Luna, y la enorme y peligrosa subsecuente operación de remolque que lo trajo de vuelta para reiniciar Su reino, en la Tierra comenzó, como era de esperar, una etapa con cambios de largo alcance. No es necesario que detalle, por ejemplo, las numerosas mejoras climáticas y políticas, la Nueva Medicina o el salario básico universal; o las modificaciones propiamente geográficas, que han sido tan beneficiosas. Más allá del progreso inmediato, sin embargo, y de los cambios “en bruto”, ciertas instituciones humanas siguieron funcionando durante un tiempo como lo habían hecho siempre. Pienso particularmente en ciertas organizaciones de naturaleza burocrática cuya propia estructura se opone a la descentralización.

El Departamento al que le había prestado mis servicios durante tanto tiempo era una de ellas: fue por eso que me tomé con naturalidad la citación de mi jefe un lunes por la mañana, en el primer abril desde el comienzo del Nuevo Reino. El memorándum había sido emitido, había pasado de forma letárgica por el sistema de secretaría y por el equipo de mecanógrafos, y me llegó por intermedio de mi propia secretaria, la Sra. Padgett, que ahora está jubilada y viviendo, creo, en Surrey con su madre, donde tienen una pequeña huerta para venta al público. Tras revisar sin apuro el resto de mi correo –en aquellos primeros días todos estábamos deliciosamente relajados, como si estuviéramos dejando que nuestros hombros se asentaran dentro de un abrigo de talle más grande–, tomé el

ascensor hasta el piso más alto del edificio, donde estaba tradicionalmente la oficina del jefe, a quien encontré pensativo.

–Mira eso, Oxlade –sugirió mientras señalaba con un gesto la vista panorámica de la ciudad–. Cuánto más *fresco* debe parecerse todo allá abajo, ahora que no hay apuro, ¿eh? ¡El aire mejorado, el hombre refrescado!

En efecto, había pensado exactamente lo mismo mientras miraba las calles limpias y tranquilas, donde el viento enérgico y el sol brillante te llenaban de una vitalidad que se correspondía con el paisaje. En los parques habían brotado cientos de narcisos, los bancos estaban repletos de ancianos que aprovechaban tranquilamente el nuevo clima, y en algún lado un gran reloj daba las diez con notas sentidas, resonantes. Tan diferente a las primaveras grises de los años anteriores, con sus lluvias torrenciales, oblicuas, que despegaban los avisos publicitarios de los carteles y los dejaban dando latigazos al aire sobre las muchedumbres abatidas y apuradas.

–Incluso usted, señor, debe notar que las cosas cambiaron –aventuré–. Al principio...

–Ah, Oxlade –me interrumpió–, queda mucho por hacer, y apenas tengo oportunidad de abandonar esta oficina. A pesar de su lentitud, el desarrollo de los acontecimientos continúa y mi tiempo no me pertenece. –Mi jefe es dado a estos momentos de prudencia; quizás esté en su naturaleza, ¿quién sabe?, o tal vez sea algo impuesto por las exigencias de su posición. Pero dejó pasar el comentario con suficiente amabilidad, es siempre muy cuidadoso, y condujo la conversación hacia mi mujer, Mary, y los niños, para después pasar al cultivo de orquídeas, uno de mis hobbies. El nuevo clima de Esher es perfecto para ello y pude ponerlo al tanto, con la debida modestia, de algunos logros realmente asombrosos.

Tras algunos minutos llegamos al tema de nuestro Departamento.

–Oxlade –dijo el jefe–, querría que miraras algunas fotos que me acercó –mencionó, aquí, el nombre de uno de nuestros agentes más confiables– esta mañana más temprano.

Atenuó la luz de la oficina y en una de las paredes apareció un rectángulo de luz blanca que se llenó casi enseguida con una extraña serie de diapositivas.

–Como verás, Oxlade, son fotos de la Autopista de Dios. –A decir verdad, las imágenes no eran para nada claras; solo pude descifrar algunos bloques y franjas al parecer azarosas de luces y sombras, y en el centro de cada encuadre un objeto borroso al que no lograba encontrarle sentido; todas tenían mucho grano–. La calidad no es buena, por supuesto: pero todo indica que representan un aumento repentino de la actividad a lo largo de toda la Autopista. –Hizo una pausa reflexiva y dejó que la última foto quedara en pantalla durante un rato (por un momento me pareció discernir algún tipo de figura orgánica con forma de mamut) para luego reemplazarla por ese rectángulo pasivo y perenne de luz blanca.

–Una blancura perfecta –murmuró, y la observamos durante algunos minutos sumidos en un silencio agradable. Después dijo–: Oxlade, siento que esto puede llegar a ser tan importante como el asunto del arrastrero atómico.

Un asunto complicado que había encontrado una solución más metafísica que real, y que yo recordaba muy bien porque me había ganado la consideración de los ejecutivos.

–Quiero que vayas hasta allá. Que cotejes la información. Recorre el lugar. Tómale el pulso, por así decirlo. Para nosotros, la Autopista es siempre un asunto de interés.

La Autopista de Dios: un viejo enigma. Efectivamente, no había nadie en el Departamento que supiera por qué había hecho Dios construir Su propia carretera, para qué necesitaba, Él, una vía directa entre la parte baja del estuario del Támesis y algún punto ubicado en una zona a la que llamaban las Tierras Medias “Industriales”; cuando digo nadie me refiero también a los ejecutivos, y si mi jefe

sabía algo, nos lo ocultaba por motivos políticos, o quizás porque le resultaba divertido. Para ese entonces nuestra curiosidad era intensa, pero estábamos obligados a disimularla; por eso mismo estaba feliz de tener oportunidad de ver la gran arteria de cerca. Se extendía, según tenía entendido, a lo largo de doscientos kilómetros desde su inicio en Southend; se decía que tenía veinte carriles y un kilómetro y medio de ancho; el tráfico ordinario tenía prohibido usarla (no había, de hecho, ningún punto de acceso), y era central para Su propósito.

–Ve mañana, Oxlade. Averigua quién más está allá. Vuelve y cuéntame. –Las persianas se abrieron y el jefe estaba otra vez mirando por la ventana. Después del rectángulo de luz blanca y dura del proyector, la luz del sol parecía tibia y apacible–. Queda mucho por hacer, Oxlade –murmuró–, pero aun así es una vista inspiradora. Buena suerte.

A veces, las órdenes de mi jefe podían ser difíciles de interpretar, pero en este caso sentí que había sido inusualmente claro.

Llegué a Southend vía Liverpool Street, en uno de esos trenes nuevos increíbles, a eso de las siete y media de la mañana siguiente; la encontré llena de gaviotas blancas, sol y una calma curiosamente vigorizante. Decidí tomar un desayuno tranquilo frente al mar. Amaba esos cafés bajo los arcos de Shoeburyness Road, uno junto al otro, todos con sus pequeñas terrazas cuidadosamente arregladas, repletas de sombrillas chillonas y mesas alegremente pintadas desde donde puedes oír los veleros meciéndose en el mar sobre un oleaje leve, seductor. Elegir uno en el que comer –si tu objetivo es meramente satisfacer tu apetito– es cosa de un instante; seleccionar el *indicado*, el que mejor le quepa a tu humor en ese momento, es algo a tomar muy en serio: puede que pases toda la mañana ahí sentado, capturado por la imagen del mar frente a ti.

Fue en uno de esos cafés donde me encontré a Estrades recostado en una silla de listones de madera con una botella de agua mineral y un cigarro largo y fino.

Bajo el viejo orden, Estrades había sido, quizás, mi oponente más hábil. Todo eso había terminado, por supuesto: pero cierta vez, en alguna parte de Europa Central, tuve la oportunidad de volarle una rótula de un tiro. Lo salvó un accidente afortunado con la señal de radio. Esta vez nos saludamos con un placer cauteloso. Era un hombre alto, elegante, que usaba trajes de lino blanco de lo más estrafalarios en los que abrochaba flores de un tamaño absurdo (aunque esta vez noté que su clavel no estaba a la altura de mi *Palaeonophis*, cultivada en casa). Algunos decían que era ucraniano, otros que era un kirguís de las laderas oeste de Tien Shan, pero tenía el ojo laxo y persistente para los fundamentos de la profesión y el sentido del humor moroso e irónico de un conde polaco. Estrades no era, por supuesto, su nombre real, pero es el único que tenemos para recordarlo.

Mientras yo examinaba el menú, intercambiamos comentarios corteses y anécdotas sobre amigos y enemigos mutuos. Estrades afirmaba estar aburrido; había venido, dijo, siguiendo un rumor confiable (no le hubiera dado mayor relevancia ni aunque se tratara de información sobre Alejandría), y estaba en Southend hace algunos días.

–Debes estar interesado en la Autopista, Oxlade, mi amigo... no, no, lo veo claramente en la postura de tus hombros. –Se rio con una contención peculiar; su rostro delgado, surcado de cicatrices, se mantuvo inmóvil excepto por un leve retroceso de los labios—. Somos demasiado viejos para jugar juegos. Así que bien. Acepta mi consejo. Estoy aquí hace una semana y a la luz del día no he visto nada que ya no se sepa. Ve de noche, ve de noche.

“Nada que ya no se sepa”: ¿cómo podía admitir que sabía tan poco? Decidí de inmediato ir de día, y después de noche, y cambié rápidamente de tema.

Más tarde, él se recostó en su silla y bostezó.

–Dime honestamente, amigo, qué piensas de todo esto. –Hizo un gesto que abarcaba el mar, Shoeburyness Road, las gaviotas

blancas como el papel picado de una boda entre el agua y el aire. Yo estaba desconcertado: creía que era un día notablemente bueno; que nunca antes había comido unos langostinos tan grandes. Me miró durante un momento, después echó la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas—. Tan evasivo como siempre —dijo, y se frotó los ojos—. Oxlade, o eres muy estúpido o muy cuidadoso. Mira. No hay nadie escuchando excepto la camarera, y lo que está escuchando ella es la radio. Con “esto” me refiero a esta cosa, este... —hizo una pausa reflexiva— paraíso para los malos poetas y los jubilados, entre los que nos encontramos ahora nosotros dos: ¡tú y yo, que hemos dejado la marca de nuestros dientes en el hueso de la mitad de los agujeros de Europa Occidental!; este Edén en el que nos ejercitamos leyendo a J. B. Priestley en un jardín soleado en Kent... o donde, con el perdón de Dios, cultivamos flores.

—Y aun así, Estrades —dije sin rodeos, porque sospechaba que su último desliz de mal gusto había sido deliberado—, aquí estás, muy tranquilo. Yo cultivo orquídeas y eso es suficiente, en los viejos tiempos no pedía más, mientras tú, digamos, te sientas en la mesa de un bar en Southend, o de un pequeño café en Amberes, con quizás más libertad que antes para ejercitar tu ingenio, tu... si me lo permites... impráctico y evidente cinismo. Nadie te pide que escribas mala poesía o, por cierto, que juzgues la poesía de los demás. Todos estamos satisfechos, cada uno a su modo.

Él asintió lentamente.

—Es un argumento. Es *el* argumento. Pero no me impresiona. ¿Puede uno encontrar satisfacción en el hecho de estar simplemente satisfecho? ¿Será que ahora se me permite estar insatisfecho? Lo he considerado. Me irrita. —Miró hacia el mar, movió las manos vagamente. Su cara se iluminó durante un momento con una voracidad que no podría describir. Después me dio la espalda, dio una pitada a su cigarro y examinó sus dedos gráciles, manchados de nicotina—. Satisfacción. Sospecho, Oxlade, que nos han robado a ambos, pero no logro descubrir cómo. Según dices, cada hombre se

contenta con lo suyo: ¿por qué me dejaron aquí de lado, entonces, preguntándome por qué?

Llegado ese punto, me despedí. Como un ilusionista astuto, me había confundido durante quizás medio minuto con su angustia de centroeuropeo y su filosofía lingüística barata. Pero nada podía empañar el entusiasmo que sentí mientras paseaba por la orilla norte del estuario. Me esperaba mi primer encuentro con la Carretera de Dios, el perfume de mi *Palaeonophis* se mezclaba de un modo delicioso con el aroma del mar, y me resultó fácil quitarlo de mi mente.

La Autopista de Dios se eleva desde el agua en dirección casi exactamente opuesta a las viejas refinerías del promontorio de Sheerness. No hay ninguna casa cerca y el camino a Shoeburyness termina aquí. La Autopista emerge tomando la forma de una calzada enorme y algo borrosa, y el aire a su alrededor parece zumbar con agitación: un espectáculo asombroso en una mañana agradable. Desde mi lugar, apenas veía ese curioso punto de contacto entre la Carretera y el mar; en ese sector, el agua hervía, efervescente, y el aerosol pendía del aire como una cortina diáfana y cambiante de extrañas tonalidades. No hay vista más impresionante que la de veinte carriles de camino asfaltado emergiendo (como si vinieran de otro lugar, desde más lejos) entre esos vapores y apuntando directamente tierra adentro, felizmente preciso y resolutivo.

De algún modo (aunque de un modo mezquino) probaba que Estrades tenía razón: no había nada saliendo del agua, había muy poca información concreta a disposición, y si quería conseguir algo para llevarle a mi jefe, iba a tener que buscar en otro lado. Aun así, pasé toda la mañana mirando los colores cambiantes, espectrales, del aerosol, y preguntándome qué energías extáticas lo haría brotar. Mientras tanto, las gaviotas se sumergían y atravesaban esa espuma, aparentemente por el mero placer de la sensación; tras cada cruce, parecían cada vez más blancas. Si hubiera tenido alas, las habría seguido: ¡cómo giraban sobre su eje y volaban en círculos!

Esa noche me dispuse a seguir investigando la Autopista. Mi intención era llegar por tierra desde atrás del pueblo y cruzarla unos cinco kilómetros más adelante. La espesa niebla marina que pendía del aire en los suburbios, cuando salí, se deshizo rápidamente en pequeños bancos que se alejaban a la deriva, impredecibles. Yo tenía una linterna compacta pero poderosa, un termo con té caliente. También había conseguido una campera blanca, bien abrigada, y llevaba unos binoculares de alta definición que había comprado en Dortmund unos años atrás. En los campos helados y las urbanizaciones abandonadas de la periferia, entre la parte noreste del pueblo y la Carretera de Dios, tomé consciencia de que no estaba solo: pero estaba seguro, también, de que los movimientos furtivos que percibía en la oscuridad no tenían nada que ver conmigo. “Para nosotros, la Autopista es siempre un asunto de interés”, había dicho mi jefe; esa noche debía ser del interés de muchos, porque había una procesión continua de agentes avanzando hacia ella en medio de susurros y a través de la niebla.

Me perdí (nunca me gustó la noche, una debilidad importante, quizás, para un hombre de mi profesión, y una sobre la que he reflexionado muchas veces) y fue por eso que mi camino se cruzó con la Autopista un poco antes de lo que me habría gustado: pero daba igual. Ante mí se elevaba un terraplén alto, como una torre, que contrastaba con esa nueva y extraña constelación cuya aparición en los cielos, un par de años antes, había pregonado el Redescubrimiento de Dios; mientras intentaba trepar por esa gran montaña de tierra, ya se oía el sonido de grandes motores que corrían en dirección norte. La Carretera había despertado: me ubiqué cerca de la valla metálica y limpié los lentes empañados de mis binoculares con visión nocturna.

Me revelaron que todos los carriles estaban en uso; en cuarenta o más sectores, a lo largo de mi campo de visión, había vehículos enormes que se arrastraban y gruñían hacia el norte, subiendo por la leve pendiente. Ninguno medía menos de sesenta metros

de largo. Los más comunes se componían de un único vehículo tractor adherido a un enorme remolque de cama baja, aunque muchos estaban armados como trenes, con cinco o seis acoplados. Eran todos del mismo color, un negro mate, uniforme, tachonado con grandes remaches, y aunque cada vehículo contara con lo que podría describirse como una cabina, no se llegaba a ver nada de su interior. Qué tipo de motor los hacía funcionar, no tenía idea –parecían avanzar con esfuerzo, ninguno se movía a más de diez kilómetros por hora–, y aun así, sobre cada carril, visible como una bruma, se percibía una sensación de enorme poder que aturdía, mientras el suelo temblaba bajo mis pies.

La niebla cambiante hacía que mis observaciones fueran intermitentes y superficiales, y algún tipo de distorsión en el aire ocultaba casi por completo los carriles del lado más lejano. Al principio experimenté una sensación similar a la que ya describí en relación con las fotografías que me había mostrado mi jefe: aunque ahora podía darle un poco más de sentido a los aspectos generales de la imagen ante mí, el objeto central de cada vistazo desafiaba de algún modo la posibilidad de interpretación. A la carretera la podía entender; percibía a los vehículos como tales; pero lo que seguía siendo un enigma era la carga. Qué extraño tipo de comercio practicaban, qué eran esas formas tenues y ambiguas en la noche.

De repente, sin embargo, el ojo y el cerebro realizaron el ajuste necesario; entendí que el problema era de escala y pude ver que los objetos eran, de hecho, gigantescos miembros antropoides.

Bastante cerca de mi punto de observación, en el segundo o tercer carril, vertical sobre su muñeca trunca, un puño humano avanzaba lentamente envuelto en una lona. Era una mano izquierda de unos diez metros de alto, cerrada y con la palma hacia mí. Con los dedos extendidos hubiera medido el doble. La lona se agitaba y aleteaba sobre sus contornos marcados, estaba fijada a la plataforma con varios cables de acero. En un instante, todo fue perfectamente claro; después, un banco de niebla lo volvió a oscurecer. Por un

momento me traicionó mi propia excitación. No podía enfocar mis binoculares y recorrí los otros carriles con la mirada, desespereado, pero no lograba distinguir más que una serie de movimientos extraños, como los de algún reptil extinto recorriendo un sendero cubierto de maleza en un bosque de cícadas.

Entonces vi pasar un antebrazo realmente enorme cinco carriles más allá, más de treinta metros de largo, muy musculoso; de ahí en más fui testigo de un asombroso desfile de miembros: pantorri-llas y muslos gargantuescos, pies y manos, y otras formas difíciles de interpretar que supuse eran más privadas, quizás internas, órganos; un desfile acompañado por los gruñidos y el rumor de los Motores de Dios, el temblor de la tierra, y, sobre todo, la sensación de una energía descomunal que se disipaba en el aire casi por accidente.

Hacia el amanecer, el tráfico se volvió más esporádico. Un último miembro pasó lentamente, sostenido por caballetes y cargado por dos tráileres que lo sostenían en toda su extensión; después, la niebla apretó su agarre; el movimiento se detuvo.

Me levanté con dificultad, estaba en cuclillas; además del dolor, las rodillas no me respondían y tenía las manos frías y entumecidas. Todo estaba cubierto de pequeñas gotas de humedad: mi abrigo, los binoculares, el alambrado. Mis oídos estaban incómodos ante el silencio, como si de un momento a otro se hubiera liberado la presión en los canales internos. Durante un minuto o dos sacudí los brazos y los golpeé contra mi cuerpo en un intento de recuperar algo de calor y vitalidad, después me alejé a los tumbos en medio de un estupor agotado.

Me detuve un momento al pie del terraplén. El silencio ya no era absoluto: percibí movimientos misteriosos a mi alrededor mientras el resto de los observadores estiraban el cuello, bostezaban y guardaban sus equipos para abandonar la Autopista. El amanecer, ahora, iluminaba la niebla y la imbuía de un brillo interno y difuso que no ayudaba al ojo en lo más mínimo. Dos o tres hombres

me pasaron muy cerca, iban conversando en voz baja: eran casi invisibles. Después me llegó un grito débil y desolado a través de esa niebla cambiante y luminosa; oí el ruido sordo de unos pies corriendo sobre la parte alta del terraplén en dirección al sur.

–¡Deténganlo! –gritó alguien, y agregó algo más en un tono excitado que lo volvió ininteligible.

Me di vuelta para mirar. De repente, Estrades estaba de pie a mi lado, la niebla parecía haberlo entregado sin ningún ruido. Una chaqueta de cuero forrada con piel, una reliquia emparchada y con manchas de grasa de alguna guerra aérea europea, se abultaba sobre su figura delgada. Respiraba pesadamente. Me miró durante un segundo o dos, como si apenas me reconociera, y le gritó con urgencia a una figura invisible detrás de la niebla.

–¡Es tuyo, Eisenburg... unos treinta metros más adelante, ahora! –Se oyó un disparo. El corredor siguió adelante a los tumbos.

–Por Dios –dijo Estrades con disgusto. Se sacó el cigarro de la boca y frunció el ceño-. Nunca confíes en un puto kurdo. –Después cambió el tono-. Piensa en lo que has visto, Oxlade –me aconsejó tranquilamente-. Esher ya no es tuyo. ¿Cómo podrías volver a sentirte seguro? –Pensó en esa afirmación, asintió, y extrajo un pequeño revólver de su chaqueta de aviador-. ¿Tengo que hacer todo yo mismo? –le recriminó a ese tal Eisenburg-. ¡Si escapa se termina todo! –Volvió a desaparecer en medio de la niebla, mirando a su alrededor como un lobo mientras se alejaba. Un poco después, dos disparos más provocaron un sobresalto en ese aire brillante. Esperé, pero Estrades no volvió. Me fui por los campos mojados, preguntándome si el pobre diablo del terraplén sabría quién lo estaba persiguiendo. Fue una caminata lúgubre.

Algo más tarde, esa mañana, reflexioné con cuidado sobre mi posición. Había hecho ciertos progresos que podían resumirse en el siguiente problema: a una velocidad máxima de diez kilómetros por hora, sería imposible que los Vehículos de Dios completaran su viaje en una noche, y aun así, durante el día, la Autopista yacía

en silencio, abandonada al viento y la luz del sol en toda su extensión; ¿adónde se iba, entonces, el tráfico? Una anomalía fascinante y significativa, ¿pero podía confirmar de algún modo que mi jefe no estaba ya al tanto de ese dato? Estrades lo sabía; quizás hubiera otros que también. Habría sido imprudente, entendí, limitarme a verlo de una sola manera y volver a Londres con lo que seguramente considerarían un reporte incompleto. Lo lógico era asumir que mi jefe tenía algún otro interés... uno que hasta el momento habría parecido periférico.

Pensé otra vez en Estrades.

A ese expatriado saturnino, sobreviviente de mil y una excursiones laberínticas por debajo de la corteza de la política, le gustaba presentar sus motivos como si fueran simple curiosidad (y ahí yacía, de hecho, oculta bajo su objetable languidez, no solo la energía aguda y salvaje que había visto liberada esa mañana en la niebla de Essex, sino también, como había descubierto a mi costa en más de una ocasión previa, una mente sutil, implacable, inquieta)... pero si había vuelto de su retiro en las desteñidas terrazas junto al río en África del Norte para matar a alguien de un disparo una mañana fría en Inglaterra tenía que ser en pos de un objetivo específico. ¿Qué hilo tenue habría seguido para llegar desde los burdeles de Marsella y los grises bulevares de Bruselas hasta Southend-on-Sea?

Lo busqué durante toda la mañana a lo largo de la rambla, atestada de gente, sumergiéndome en esa marea fiera e irrestricta de antebrazos rojos y desnudos y ópera ligera, con su olor a pescado frito, lavanda y cerveza negra embotellada. Sabía que me iba a estar esperando. Al mediodía empezó a caer una llovizna leve y poco común desde un cielo que alternaba entre nubes gris plomo y una débil luz solar. La explanada quedó, de repente, vacía y triste. Me senté sobre una piedra a la sombra del muelle, contemplando el entramado salitroso de columnas y tabloncillos torcidos que soporaban las estruendosas máquinas tragamonedas y las galerías de tiro. Los niños, arriba, gritaban y se colgaban de las barandas

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en interzonaeditora.com
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



[COMPRAR LIBRO](#)

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA